

La segunda y la tercera parte del libro son menos dramáticas, pero el interés no decae cuando, además de las agitaciones platenses, De Marco muestra la situación incómoda de la estación naval española ante la guerra del Pacífico o cuando describe los esfuerzos de los marinos hispanos por permanecer neutrales ante nuestras querellas armadas, mientras las estaciones navales de otras potencias tomaban partido abiertamente por una u otra facción, según conviniera a los intereses de la bandera que representaban.

La edición de una obra tan recomendable adolece lamentablemente de dos fallas. La primera es que pese a la evidente minucia del autor en proveer a los editores de una muy abundante iconografía –en gran parte desconocida en nuestro medio– se la muestra en reproducciones de tamaño menor y, en muchos casos, de pobre definición, que impiden apreciarlas en todo su valor. Aun reconociendo los reales y actuales problemas editoriales, la obra no se merecía este tipo de “economía”. La otra falla es el descuido de la corrección, traducido en la abundancia de errores tipográficos, por ejemplo el que resalta en la página 161.

CÉSAR A. GARCÍA BELSUNCE

ALBERTO DODERO y PHILIPPE CROS, *Los años dorados (1889-1930)*, Buenos Aires, El Ateneo, 2007, 359 pp.

Este libro recrea el período de esplendor de la burguesía argentina, entre 1880 y 1930, a través de más de mil seiscientas fotografías, documentos, cartas, retratos, caricaturas. De esta manera nos entrega un vasto fresco de un estilo de vida de una clase social, de una historia de las mentalidades, de una historia oral, de una antropología cultural sustentada en documentación visual. Gran esfuerzo realizado por Alberto Dodero en Buenos Aires y Philippe Cros en París, gracias a archivos públicos y privados que por una vez no fueron destruidos, lo cual permite reconstruir un vasto período de la historia argentina en el que reinaban la seguridad y la confianza en el futuro.

La iconografía dividida en capítulos tiene textos de especialistas: “Las estancias” y “Los estadistas” es comentado por María Sáenz Quesada; “El Centenario” por Félix Luna; “Las residencias de Buenos Aires”, “El viaje en barco” y “La era de Alvear” por Ernesto Schoo; “París en la Belle Époque”, “La Gran Guerra”, “En Buenos Aires como en París” y “París después de la guerra” por la princesa Napoleón Murat; “La década del ’30” por José María Peña; “Mar del Plata” y “Los visitantes ilustres” por Francis Korn; “Biarritz”

por Philippe Cros y “La Emperatriz Eugenia” y el “Prefacio” por Alberto Dodero.

Francia era, para la clase patricia argentina, el país de los cuadros, los muebles, los libros. Esta clase hablaba un francés impecable, y sus miembros habían sido educados en sus estancias por institutrices francesas o inglesas, representantes de una burguesía que difundían en el país al que eran llamadas, las buenas maneras y los hábitos franceses.

El viaje al país galo se convirtió en un rito casi obligatorio para los estancieros argentinos. Iban a descubrir París, contemplaban deslumbrados el espectáculo de la “Ciudad Luz”. Participaban de las fiestas de la aristocracia francesa, de los deportes, compraban sus vestidos en las casas de alta costura como Chanel y Madame Vionnet. Las alhajas, relojes, pulseras eran encargados en Cartier y Van Cleef, y algunas familias partían de regreso a Buenos Aires con el mobiliario de la casa Jansen para amueblar el hogar diseñado por arquitectos franceses, la mayoría de ellos de acuerdo al modelo de la Ecole des Beaux Arts.

Más aún, muchos de estos arquitectos diseñaron los cascos de las estancias de acuerdo a modelos que reproducían algunos castillos franceses; por ejemplo, Huetel de Concepción Unzué reproducía un castillo de estilo Luis XIII, o “La Armonía” de los Unzué contaba con un lago donde se podía remar y navegar como se hacía en los parques de Versalles. *La Nación* dedicaba en sus “Notas sociales” una sección diaria a informaciones provenientes de Francia. La Argentina contribuyó a la vida parisina con el tango, los “tés-tango” y los “champagne-tango” y dio identidad musical a quienes llegaban de las pampas con sus toros campeones y caballos veloces que aportaban *pedigree* a los europeos.

En París estos argentinos llevaban una vida mundana, participaban en lujosas fiestas, frecuentaban escritores y artistas y se nutrían de novedades artísticas y literarias. También se tejieron relaciones de amistad y parentesco entre la burguesía europea y la clase patricia argentina. De ello es testimonio el libro, ya que de la familia de Alberto Dodero proceden gran cantidad de los testimonios gráficos que ilustran pormenorizadamente los aspectos enumerados con anterioridad. Algunos de sus miembros pertenecían a esas familias ilustres y los descendientes tienen a su cargo algunos de los capítulos.

La sucursal veraniega de Buenos Aires era Mar del Plata, la primera estación balnearia de América del Sur. La documentación ilustra el esplendor arquitectónico, del que casi no quedan rastros, de lo que fue la nueva vida veraniega con sus baños de mar, golf, carreras, conciertos, teatros, banquetes, paseos en automóvil, en un balneario que se hizo cada vez más populoso e inclusivo.

Un capítulo especial merece Marcelo T. de Alvear por su estadía en el *Manoir du Coeur-Volant*, una de las residencias más frecuentadas por la alta sociedad internacional, por su papel como ministro plenipotenciario de la Argentina en Francia y por el periplo que realizó por Europa antes de asumir el cargo de presidente de su patria.

Desde este cargo estrechó las relaciones diplomáticas con Francia a través de una serie de iniciativas culturales que aún perduran.

Estos testimonios gráficos revelan un período de esplendor de la clase conservadora argentina gracias a las exportaciones de cereales y a los barcos frigoríficos que permitieron vender carne a Europa. La neutralidad que mantuvo la Argentina durante la Gran Guerra la convirtió en “granero del mundo” en momentos en que Europa estaba muy necesitada de alimentos. La Argentina figuraba entre las primeras naciones del mundo, del que el patrimonio arquitectónico y cultural, y las colecciones de arte quedaron como el testimonio de una época de abundancia.

Los gobernantes de *Los años dorados* llevaron a cabo una política que ubicó a la Argentina entre los principales países productores de materias primas, respondiendo a una división internacional del trabajo que ha sido objeto de polémicas, y que el libro ilustra de una manera inteligente, precisa, detallada y con profusión de enfoques.

La calidad de la edición y el renombre de las plumas que ilustran los diversos aspectos, que buscan mostrar una Argentina de la excelencia, resulta un aporte interesante y documenta con iconografía, con “un tesoro de fotografías”, la presencia de Francia en la Argentina. La sugerencia que se podría hacer para una próxima edición sería que a estos aspectos culturales se podrían añadir la visita de eminentes académicos que brindaron sus conocimientos en nuestras aulas y formaron generaciones, especialmente de médicos, profesionales argentinos.

HEBE CARMEN PELOSI

JUAN GUILLERMO DURÁN, *Frontera, indios, soldados y cautivos. Historias guardadas en el archivo del cacique Manuel Namuncurá (1870-1880)*, 1ª Ed. Buenos Aires, Bouquet Editores, Facultad de Teología UCA, 2006.

Con este libro, Juan Guillermo Durán, catedrático de la Facultad de Teología de la Universidad Católica Argentina y director del Departamento de Historia de la Iglesia de dicha Facultad, completa otros estudios ya publicados